

Breve ensayo sobre *la obediencia*

Ricardo López Pérez

Universidad de Chile

rlopezp@med.uchile.cl

Recibido: 14 de mayo de 2018

Aceptado: 25 de junio de 2018

Resumen

El ensayo aborda las nociones de tortura, obediencia y poder. Lo hace tomando como eje central los experimentos llevados a cabo por Stanley Milgram, cientista político y psicólogo social estadounidense, quien -en la década de los sesenta- realizó una serie de experimentos de laboratorio sobre obediencia a la autoridad. Una de las conclusiones de dichos estudios indica que gente común sin disposiciones particulares hacia la hostilidad, ni rasgos patológicos, bajo ciertas condiciones llegan a ser protagonistas activos de la agresión. Para el autor de este artículo, los modelos de obediencia desvalorizan o invisibilizan la desobediencia. Por esta razón, las formas de relación con la autoridad debieran, en todo momento, ser objeto de examen crítico.

Palabras claves: tortura; obediencia; poder; Stanley Milgram.

Abstract: Brief essay on obedience

The essay addresses the notions of torture, obedience and power. He does this by taking as his central axis the experiments carried out by Stanley Milgram, political scientist and American social psychologist, who -in the sixties- conducted a series of laboratory experiments on obedience to authority. One of the conclusions of these studies indicates that ordinary people without particular dispositions toward hostility, or pathological features, under certain conditions become active protagonists of aggression. For the author of this article, obedience models devalue or disregard disobedience. For this reason, the forms of relationship with authority should, at all times, be subject to critical examination.

Keywords: torture; obedience; power; Stanley Milgram.

“Quizás nuestra cultura no provee
adecuados modelos de desobediencia”
(Stanley Milgram)

EL VALOR DE LA OBEDIENCIA

Del modo más elemental, obediencia puede ser entendida como un tipo de comportamiento realizado con el objeto de responder a órdenes directas de una autoridad. Esto es, hay obediencia cuando alguien modifica su comportamiento para ajustarlo a una demanda proveniente de una fuente dotada de algún poder. Así, aunque parezca innecesario enfatizarlo, la obediencia necesariamente se vive al interior de una relación asimétrica: en el acto de obedecer una persona hace lo que otra quiere que haga, de modo que una cierta forma de predominio, subordinación o elemento jerárquico siempre está presente. La conducta obediente puede ocurrir en circunstancias que una de las partes sea sometida por la fuerza. Por ejemplo, mediante amenaza alguien más poderoso puede conseguir una respuesta conforme a su interés. En estos casos hablamos de coacción, porque el sometimiento ocurre porque se presenta un riesgo evidente o porque hay una anticipación de un peligro. Estas situaciones son fácilmente explicables, pero existe una variedad de conductas obedientes que no implican una coacción manifiesta, o están en una frontera en que la coacción es incierta. Partamos de una obvia constatación. La obediencia es una conducta habitual en la experiencia social: los hijos obedecen a sus padres, los estudiantes obedecen a sus profesores, los empleados obedecen a sus jefes, los soldados obedecen a sus oficiales... y así a lo largo y ancho de la vida social. Con todos los matices posibles, y en grados variables de intensidad y arbitrariedad, la conducta obediente es parte de nuestras rutinas cotidianas.

Hasta aquí el panorama resulta habitual. Una comunidad no puede vivir sin normas y éstas de una u otra manera reclaman la obediencia. Toda sociedad genera autoridades, y éstas a su vez inevitablemente exigen lo suyo. Pero hay excesos, y son muchos los casos en que la obediencia se ubica en un límite peligroso para la dignidad, la convivencia, la vida misma; y hasta para la imagen que tenemos de nosotros mismos.

La experiencia nazi proporciona variados ejemplos. En una versión extrema, Rudolf Hess ponía la obediencia por encima de todo, incluso de la lógica y la moral: “Tenga la seguridad que no era siempre muy placentero ver esas montañas de cadáveres y respirar ese continuo olor a quemado. Pero Himmler lo había ordenado, y yo jamás me detuve a pensar si era justo o injusto”. El capitán SS Josef Kramer, un veterano exterminador de Auschwitz, describió con detalle una cruel matanza en una cámara de gas. Frente a una pregunta que buscaba un

testimonio más personal, señaló escuetamente: “No sentía nada, porque me habían dado la orden de matar a los ochenta detenidos de la manera que ya he expuesto. Y, además, es así como me habían formado” (Shirer, 1962: tomo II, 352). En los juicios de Nuremberg, muchos criminales de guerra, como ellos, pronunciaron la más sencilla de las explicaciones: “... obedecía órdenes”.

Cosa parecida ocurrió con Rudolf Eichmann, quien en su defensa ante el tribunal que lo juzgó en Jerusalén, declaró que sólo cumplió su juramento nacionalsocialista en virtud del cual estaba obligado a ejecutar las órdenes sin discutir. Este personaje, que a lo largo de su vida nunca se apartó de la iglesia católica, según propia confesión, había hecho suya la intencionada versión del imperativo categórico puesta en circulación por Hans Franck: “Compórtate de tal manera, que si el Führer te viera aprobaría tus actos” (Citado por Arendt, 2014: 200; y Onfray, 2009: 25).

Como una forma de la conducta humana y como un concepto, la obediencia tiene una pesada historia. Hannah Arendt recoge un testimonio que a su manera da cuenta de esta trama y sus excesos. En efecto, David Rousset que permaneció recluido en el campo de concentración en Buchenwald, escribe: “El triunfo de las SS exigía que las víctimas torturadas se dejaran conducir a la horca sin protestar, que renunciaran a todo hasta el punto de dejar de afirmar su propia identidad. Y esta exigencia no era gratuita. No se debía a capricho o a sadismo. Los hombres de las SS sabían que el sistema que logra destruir a su víctima antes de que suba al patíbulo es el mejor, desde todos los puntos de vista, para mantener a un pueblo en la esclavitud, en total sumisión. Nada hay más terrible que aquellas procesiones avanzando como muñecos hacia la muerte” (2014: 26).

La obediencia puede ser entrenada, qué duda cabe. Para ciertos fines es adaptativa, pero ese es un beneficio dudoso, de ningún modo gratuito. Un recurso final, tal vez un pequeño consuelo, sería pensar que los excesos de la obediencia se limitan sólo al mundo militar, pero no es así.

ABRAHAM Y EL ABISMO DE LA PARADOJA

Una antigua historia, relatada frecuentemente con propósitos formativos, nos habla de una extraña orden que recibe Abraham para sacrificar a su hijo. No se trataba de una orden cualquiera, venía de lo alto: “Toma a tu hijo, al único que tienes y al que amas, Isaac, y vete a la región de Moriah. Allí me lo ofrecerás en holocausto, en un cerro que yo te indicaré” (Génesis, 22, 2). Esa fue la orden y debía cumplirse. De madrugada Abraham se puso en marcha y luego de tres días estaba en el lugar señalado. Estando todo preparado, el altar dispuesto y el niño atado: “Extendió después su mano y tomó el cuchillo para degollar a su hijo...” (Génesis 22, 10). El sacrificio finalmente no ocurrió. Una voz, también desde alto, lo suspendió todo, lo principal estaba aclarado.

Abraham demostró ser un sujeto obediente y temeroso; arrastró a su hijo con engaños, aun cuando era incapaz de comprender lo que estaba pasando. La versión bíblica cierra la historia agregando: “El Ángel de Dios lo llamó desde el cielo y le dijo: ‘Abraham, Abraham’. Contestó él: ‘Aquí estoy’. ‘No toques al niño, ni le hagas nada, pues ahora veo que temes a Dios, ya que no me has negado a tu hijo, el único que tienes” (Génesis 22, 11-12).

Relatada en un ambiente reflexivo, esta historia podría servir para pensar sobre el claroscuro de la obediencia, sus límites y sus excesos. Infortunadamente esto no se produce, al menos no con frecuencia. Muchas veces la obediencia se consagra en el orden social como un valor sin más. El mismo san Pablo consagró tempranamente el sentido fundamental de la obediencia. Bastante insidioso era ya que las esposas debieran someterse a sus maridos, y que el hombre sea cabeza de la mujer (Efesios 5, 22-24), pero san Pablo llevó las cosas a su mayor tensión: “Cada uno en esta vida debe someterse a las autoridades. Pues no hay autoridad que no venga de Dios, y los cargos públicos existen por voluntad de Dios”, (Romanos 13, 1).

Sin objeción, todo poder viene de Dios. Abraham no hizo preguntas ni siquiera articuló un reproche, frente a la autoridad no hay autonomía posible: ahora se entiende mejor.

Sin espacio para la indiferencia, Kierkegaard leyó estos versículos con profunda conmoción. Un filósofo de fuertes convicciones cristianas queda “estupefacto” (según su auto descripción), frente a la docilidad de Abraham para aceptar el absurdo y su incapacidad para dudar: “Abraham creyó y no dudó; creyó lo absurdo. De haber dudado, habría obrado de diferente manera; hubiera realizado un acto magnífico y grande; ¿hubiera podido acaso haber hecho otra cosa?” (1968: 24).

A continuación establece una línea directa entre obediencia y fe, poniendo a la vista los límites de la razón y el abismo de la paradoja. Kierkegaard quiere saber quién dio fuerza al brazo de Abraham, quién mantuvo su diestra levantada. Luego agrega: “Es mi propósito ahora explicitar en la historia de Abraham, bajo la forma de problemas, la dialéctica que ella comporta para ver qué inaudita paradoja es la fe, paradoja capaz de hacer de un crimen una acción santa y agradable a Dios, paradoja que devuelve a Abraham su hijo, paradoja que no puede reducirse a ningún razonamiento; porque la fe comienza precisamente donde acaba la razón” (1968: 59).

Abraham no hizo preguntas, ni expresó dudas, se degradó, sólo obedeció. Una figura como él, con todo el reconocimiento de su pueblo, con toda la sabiduría que le daba su vida centenaria, no pudo balbucear siquiera su perplejidad. En estas condiciones, en este contexto, luego de siglos de pedagogía religiosa, y con toda la carga simbólica de esta historia, ¿podemos realmente extrañarnos de que muchos jóvenes creyentes, con escasa experiencia, se hayan dejado

abusar por religiosos que hasta ese momento eran para ellos modelos de virtud?

A partir de Abraham un principio característico de la enseñanza moral de los monoteísmos será la renuncia a la propia voluntad. En la tradición católica, para san Agustín la libertad del hombre depende de que se someta a la voluntad de Dios. Antes, sin embargo, san Pablo lo estableció con claridad sin atisbo de intranquilidad: “Pero, amigo, ¿quién eres para pedir cuenta a Dios? ¿Acaso dirá la arcilla al que la modeló por qué me hiciste así? ¿No dispone el alfarero de su barro y hace con el mismo barro una vasija preciosa o una para el menaje? (Romanos 9, 20-21).

Complementariamente, en el notable esfuerzo que realizó en la primera mitad del siglo XX el teólogo Rudolf Otto para definir “lo santo”, como el auténtico fondo de todas las religiones, encontramos numerosos testimonios de místicos a los cuales la presencia divina los anula completamente: “En casi todas las formas de la mística, por mucho que se diferencien en su contenido, encontramos como uno de sus rasgos generales la desestima del sujeto, análoga a la que hace Abraham de sí propio; es decir, que el sujeto se valora sintiéndose como algo que no es verdaderamente real, que no es esencial o que incluso es completamente nulo” (2016: 71). Esto conduce a una desvalorización transformada en exigencia; sin opción debe ser realizada de forma concreta con el fin de producir “el aniquilamiento del yo”, según la expresión de Otto.

Cualquier identidad particular se diluye frente a la autoridad. Después de San Pablo y de Rudolf Otto, leer a Mijaíl Bakunin ya no tiene novedad, aunque al menos este viejo anarquista mantiene en alto las banderas de la crítica: “Dios aparece, el hombre se anula; y cuanto más grande se hace la divinidad, más miserable se vuelve la humanidad. He ahí toda la historia de todas las religiones; he ahí el efecto de todas las inspiraciones y de todas las legislaciones divinas” (1971: 115).

LA OBEDIENCIA EN EL CORAZÓN DE LA FE

Conviene recordar que la palabra *fe* posee una doble etimología: proviene del griego *pistis* y del latín *fides*. En su origen significaba confianza y lealtad, y nunca tuvo como ahora el sentido de una aceptación dócil o sumisa. Por razones que Karen Armstrong relaciona con un problema de traducción, la palabra *fe* llegó a ser sinónimo de creencia. En inglés *belief* es creencia, y esta palabra está emparentada con otras más antiguas como *biliven*, que significaba amar, valorar, tener cariño, y *bileve* que significaba entrega y compromiso. Así, las versiones inglesas de la Biblia favorecieron el acercamiento con la idea de una creencia de carácter evidente para quien la suscribe (2009: 160).

Con el tiempo la Iglesia Católica pudo establecer algunas distinciones fundamentales. En el siglo XVI el Catecismo Católico generado en su primera versión en el Concilio de Trento, interpretó la

fe fuertemente asociada el sometimiento y la obediencia. No podía ser de otra manera, dado que la fe es el único modo de agradar a Dios. Todo esto en línea con san Pablo, a quien no le incomodó mostrar la experiencia límite de Abraham como algo deseable: “Por la fe Abraham fue a sacrificar a Isaac cuando Dios quiso ponerlo a prueba...” (Hebreos 11, 17). Más adelante, a fines del XIX, el Concilio Vaticano I definió la fe como una virtud sobrenatural por la cual tenemos como verdadero todo lo que surge de Dios, quien desde luego jamás podrá engañarnos.

En el párrafo 143 del Catecismo se lee: “Por la fe, el hombre somete completamente su inteligencia y su voluntad a Dios. Con todo su ser, el hombre da su asentimiento a Dios que revela. La sagrada Escritura llama ‘obediencia de la fe’ a esta respuesta del hombre a Dios que revela”. Así, la fe, junto con la esperanza y la caridad, serán llamadas virtudes teologales porque tienen al mismo Dios como objeto, y se ubicarán en el primer lugar de las virtudes de la tradición cristiana.

Esta férrea asociación no es arbitraria, realmente estaba ya establecida mucho antes del Catecismo. Precisamente, la prueba de Abraham es para Mircea Eliade el momento decisivo que inaugura una nueva experiencia religiosa basada en un fundamental “acto de fe”. Este sacrificio simulado abre el paso desde una religiosidad tradicional, en donde la centralidad está en la hazaña arquetípica, y la nueva dimensión que se revela en este acto. Se inaugura una experiencia religiosa desconocida hasta entonces: “Abraham no comprende por qué se le pide dicho sacrificio, y sin embargo lo lleva a cabo porque se lo ha pedido el Señor. Por ese acto, en apariencia absurdo, Abraham funda una nueva experiencia religiosa, la fe. Los demás (todo el mundo oriental) siguen moviéndose en una economía de lo sagrado que será superada por Abraham” (2008: 109).

Entre Dios y Abraham se establece un espacio intransitable, un abismo, una ruptura radical sin continuidad. Antes de ese momento de carácter fundamental, un objeto o un acto sólo eran reales en la medida en que imitaban o repetían un arquetipo. Surge un Dios para quien todo es posible. Se revela con un perfil personal, como una existencia reconocible totalmente distinta que puede disponer, ordenar, gratificar o castigar, sin necesidad de atenerse a ninguna exigencia previa. Puede actuar con entera libertad, sin justificación, sin que se pueda anticipar o predecir.

Un antes y un después, y al mismo tiempo un punto de no retorno. En el origen la experiencia religiosa era diferente: “Así la realidad se adquiere exclusivamente por repetición o participación; todo lo que no tiene un modelo ejemplar está ‘desprovisto de sentido’, es decir, carece de realidad. Los hombres tendrían, pues, la tendencia a hacerse arquetípicos y paradigmáticos. Esta tendencia puede aparecer paradójica, en el sentido de que el hombre de las culturas tradicionales no se reconoce como real sino en la medida en que deja de ser él mismo

(para un observador moderno) y se contenta con imitar y repetir los actos de otro” (2008: 41).

Esta conceptualización, ciertamente difícil de comprender para nosotros, al menos permite reconocer que la arbitrariedad está desalojada. La obediencia y la fe no aparecen como valores fundamentales. El sentido más profundo está en una existencia compartida, bajo una estructura definida y equivalente para todos.

LA OBEDIENCIA EN EL LABORATORIO

Stanley Milgram es un científico político y psicólogo social que realizó una serie de experimentos sobre obediencia a la autoridad, cuyo impacto ha tenido una resonancia duradera. De manera exploratoria, en el año 1960 se hicieron las primeras versiones en la Universidad de Yale. Posteriormente fueron ampliadas en Princeton, y en otros lugares fuera de la universidad y aún fuera de los Estados Unidos. En distintas fechas fueron publicados algunos artículos, hasta que en 1974 se publicó *Obedience to Authority*, que resumía el conjunto del proceso, (Milgram, 2016). En su forma básica, estos experimentos consistieron en pedir a un sujeto que aplicase descargas eléctricas a otro, bajo pretexto de un propósito científico. El sujeto experimental disponía de un generador de descargas simulado, con 30 interruptores graduados desde 15 hasta 450 voltios. En el comienzo de la línea ascendente de las descargas se podía leer “Descarga Leve”, y al final “Descarga Grave”.

En síntesis, los distintos sujetos experimentales eran convocados al laboratorio para participar en una investigación supuestamente relativa al efecto del castigo sobre el aprendizaje. El sujeto simulaba ser un profesor que dirigía preguntas a un participante. Todo estaba arreglado para que éste, un aliado del experimentador, respondiera en forma equivocada, lo que provocaba de inmediato un castigo en forma de una descarga eléctrica. Ciertamente, el participante es un actor que no sufre dolor, pero el sujeto experimental no lo sabe, de modo que vive la situación como si fuese real.

Milgram realizó diecinueve versiones del experimento en las cuales participaron un total de 636 sujetos experimentales de edades entre 20 y 50 años, con un 40% de obreros, un 40% de empleados, y un 20% de profesionales. Este universo es mayoritariamente masculino, pero también incluye a 40 mujeres, como ocurre en el experimento N° 8. Del total mencionado, 265 alcanzaron la descarga máxima. Esto es, un equivalente del 42% obedeció al experimentador hasta el final, aplicando a una persona, desconocida hasta ese momento, una descarga de 450 voltios. La escena experimental enfrentaba al sujeto con sucesivas órdenes que le exigían aplicar descargas eléctricas crecientes, a una “víctima” ubicada en una pieza vecina conectada a unos electrodos. En la mayor parte de los experimentos el sujeto sólo escucha a la “víctima”, pero hay algunas variantes en que podía verla y hasta tocarla. Cuando los sujetos expresan intenciones de abandonar el experimento, el experimentador los presiona para que se mantengan en

su lugar. Cada manifestación de desobediencia provoca sucesivas exhortaciones para continuar, hasta en cuatro oportunidades. Cuando el sujeto se niega a aceptar la última demanda, ya no recibe otras presiones y puede abandonar la escena. En este caso se reconoce una conducta desobediente.

Dentro del 42% de obediencia, medido sobre la base de sujetos que han llegado a aplicar una descarga eventualmente mortal, existen algunas diferencias. En cuatro experimentos el índice de obediencia alcanza los números más altos, llegando en el experimento N° 18 a comprometer a 37 de un total de 40 sujetos. En estos últimos casos, los experimentos fueron hechos en un espacio universitario, y los experimentadores se presentaban vestidos con una bata blanca, y dotados de distintos signos de autoridad científica. Al manipular la variable credibilidad, utilizando un experimentador de apariencia menos formal o llevando el experimento fuera de la universidad, la obediencia disminuyó de manera evidente. En el otro extremo, varios experimentos muestran una menor obediencia. En el experimento N° 17, por ejemplo, la desobediencia aparece con fuerza. En este caso se dispone a tres sujetos experimentales, dos de los cuales son cómplices que rápidamente se retiran de la escena desoyendo las órdenes. Milgram interpreta que al proporcionar unos modelos de desobediencia, los sujetos se inclinan con mayor facilidad a expresar su disconformidad y actuar en consecuencia.

Al momento de las conclusiones, establece que los sujetos no sienten ninguna responsabilidad personal por su acción, debido a que han recibido órdenes de una fuente con credibilidad científica. Subjetivamente los sujetos bloquean su conciencia y se auto eximen de todo compromiso en relación a su propia conducta: “La adaptación de pensamiento más corriente en el sujeto obediente es, por lo que a él se refiere, el considerarse como no responsable de sus acciones. Se libera de toda responsabilidad atribuyendo toda iniciativa al experimentador, a una autoridad legítima. No se tiene a sí mismo como una persona que actúa de una manera moralmente responsable, sino como un agente de la autoridad externa. (...) Nos encontramos con la vieja historia de ‘no hacer más que cumplir con mi deber’ que una y otra vez hubo de escucharse en las afirmaciones de la defensa de quienes fueron acusados en Núremberg (2016: 31). Así, para Milgram, la consecuencia de mayor alcance a partir de estos estudios es la desaparición en muchos casos de todo sentido de responsabilidad personal. Frente al poder de la autoridad, poco importa que sea material, simbólico o imaginado, el individuo tiende a diluirse y finalmente a someterse.

OBEDIENCIA Y CESIÓN DE CONCIENCIA

Los experimentos Milgram no se prestan para simplificaciones. Hay quienes han creído ver en ellos una prueba de la maldad o el carácter fundamentalmente perverso de la naturaleza humana, en la

medida que descubre la presencia emboscada de torturadores en potencia tras una fachada inocente. Eso es desproporcionado. Milgram ofrece un conjunto de elementos para pensar sobre las condiciones que favorecen la obediencia, incluso sus excesos; pero en ningún caso llega a conclusiones definitivas, ni hace generalizaciones tan amplias.

Los índices de obediencia son llamativos, pero no son absolutos y tienen variaciones que demuestran la participación específica de factores determinados para distintos casos. Los sujetos poseen disposiciones y formas de pensar sobre la autoridad y la agresión, pero al mismo tiempo se encuentran en una estructura social que compromete variables situacionales que actúan para desatar o frenar la obediencia. Las órdenes que exigen actuar contra otros empujan a los sujetos a un punto de ruptura, a fin de forzar la desobediencia, pero en muchos casos ésta no llega. Los sujetos movilizan inhibiciones contra la desobediencia, poniendo a la vista una gran falta de recursos para resistir a la autoridad.

Se produce un grave fenómeno de cesión de conciencia. El sujeto obediente acude a ciertos ajustes que le permiten verse a sí mismo como exento de responsabilidad, dado que cuando mucho es un instrumento de una autoridad externa y legítima. En las entrevistas post experimentales muchos sujetos expresan que continuaron su participación porque así se les pidió. Esta es, probablemente, una lección medular del estudio de Milgram: gente común sin disposiciones particulares hacia la hostilidad, ni rasgos patológicos, bajo ciertas condiciones llegan a ser protagonistas activos de la agresión: “En efecto, la psicología social de nuestro siglo nos revela una lección fundamental: muchas veces no es tanto el tipo de persona que sea un hombre en concreto, como el tipo de situación en la que se encuentra, lo que determina cómo va a actuar” (2016: 275).

Milgram, consistente con su condición de psicólogo social, renuncia a cualquier enfoque esencialista y prefiere un enfoque situacional: no cree que haya un núcleo interior inmutable, sino una trama de relaciones y una clase de situaciones en la que cada persona se encuentra. Esto explica que los sujetos experimentales se orienten de preferencia hacia las necesidades del experimentador, como encarnación de una autoridad, y no de la eventual “víctima”. En muchos casos los sujetos fueron incapaces de expresar su molestia o disconformidad. Igual que le ocurre a Abraham, la autoridad los anula, los aplasta, los deja sin palabras: “Muchos sujetos no pueden hallar la fórmula verbal específica que les permita rechazar el papel que les ha asignado el experimentador. Quizás nuestra cultura no provee modelos adecuados de desobediencia”, (1972: 31).

El universo del imaginario social contiene demasiados modelos de obediencia, siempre luminosos y convenientemente reiterados. Inversamente, la desobediencia tiende a ser desvalorizada por la moralina pedagógica, dado los males que acarrea. Sólo a título de ejemplo, basta recordar que la caída tanto de hombres como de ángeles es consecuencia directa de la desobediencia. En este contexto, la

insistencia de Milgram está justificada, entendiendo que no se refiere a cualquier conducta desobediente, al mero capricho, al gesto vacío, sino a una respuesta que al mismo tiempo se ajusta a una situación específica y encierra un razonamiento.

Muchas personas, declaran que en los ejemplos tomados de la experiencia nazi hay algo de hipérbole, y por tanto no corresponden bien al tipo de interacción característica de las sociedades democráticas. Algo de razón hay en estas aprensiones, sin embargo, es preciso advertir que aun en una democracia, la autoridad, con todos sus riesgos, no desaparece: el sueño anarquista no llegó a cumplirse. Por esta razón, las formas de relación con la autoridad deberían ser en todo momento objeto de examen crítico.

OBEDIENCIA, TORTURA Y PODER

Para que alguien pueda mandar, alguien debe obedecer. Las relaciones de obediencia, como otras, no liberan a ninguna de las partes. Es posible, por tanto, acercarse a la comprensión de algunos excesos de la obediencia, sin recurrir a la cómoda explicación de una maldad intrínseca o un supuesto trastorno mental. En el marco de estos excesos existe la tortura. Una abrumadora evidencia indica que la tortura ha llegado a ser un fenómeno generalizado, una práctica habitual en numerosos Estados del mundo. No hablamos entonces de hechos distantes: lo sabemos en Chile. Esto no ocurre sólo hoy, es un fenómeno que cruza el tiempo. No son excesos aislados o brotes pasajeros. Existe una continuidad histórica de la tortura amparada en muchas culturas, ideologías y formas de poder político. El camino hasta las refinadas prácticas actuales es largo y comienza tempranamente, cubre períodos en que su uso estuvo regulado y protegido por la tradición y las leyes; y aún otros en los que gozó del amparo divino.

La tortura es un crimen político. Incluye todas las prácticas recurrentes mediante las cuales se infiere daño y sufrimiento físico o psicológico a una persona, independientemente que concluya con su muerte. Es un hecho en el universo de la política, pero no como una relación de persona a persona, porque aún cuando ésta se produzca de hecho, ella existe al amparo de organizaciones generalmente oficiales y públicas. La tortura es una acción del poder contra el ciudadano, pertenezca o no a un grupo organizado.

La tortura constituye una práctica del ejercicio del poder, una técnica de aplastamiento de la oposición política. Es el intento de conseguir mediante el dolor una respuesta de alguien que se resiste a dar. El objetivo central de la tortura es siempre la intimidación, y busca paralizar la iniciativa de participación política. Es un recurso del poder destinado a modelar dentro del aprecio por el orden y la obediencia. La tortura somete, reemplaza la crítica por el conformismo. Modela de cierta manera que interesa al poder. Es una forma de pedagogía, pero

en una versión singular: es una pedagogía del terror. La tortura no se asocia únicamente con la destrucción. Hay destrucción, es cierto, pero sólo con vistas a construir de nuevo y sin error (Otero y López: 1989).

Esta perspectiva no es reciente. Equivale con certeza a la que tuvo el redactor del Deuteronomio, quien luego de establecer el apedreamiento para quienes cometan el atropello de desconocer a Yavé, se preocupa de enfatizar su condición ejemplar: “Tu mano será la primera en caer sobre él, y después lo hará el pueblo. Lo apedrearán hasta que muera, porque trató de apartarse de Yavé, tu Dios, el que te sacó del país de Egipto, de la casa de la esclavitud. Al oír esto todos temerán en Israel, y ya no se atreverán a hacer semejante cosa” (13, 10-12).

Resta todavía responder una pregunta. La tortura busca ser ejemplarizadora, pero ¿cuál es la medida del ejemplo? La pregunta no es ociosa porque la noción de que el error debe ser castigado y corregido no se sostiene sin asumir una medida por la cual éste queda establecido. Paralelamente esa medida debe tener suficiente significado como para que algunos crean que convierte en algo indiferente el dolor de quien se ha puesto al margen de ella. La respuesta es maravillosamente simple: estamos hablando de la verdad como la medida de todas las cosas.

Conocer la verdad es también conocer el error. Si se conoce lo primero se puede identificar y eliminar lo segundo. Estamos así a un paso de la sólida metafísica que sustenta los totalitarismos. La verdad se define por su procedencia. Está establecida en el texto o en la tradición, en cualquier caso por la autoridad y toda autoridad tiene algo de divino (san Pablo mediante). La verdad está para ser respetada y el tirano es únicamente quien asume la responsabilidad de que esto se cumpla, lo mismo que el torturador. Apelar en estos casos a algún designio superior es casi la norma.

La verdad del poder es siempre de este tipo. Si a esto se agrega la noción de que el error o la disidencia deben ser castigados, tenemos sin más la tortura justificada. El torturador es dueño de la verdad, y su tarea es enseñarla. Se tortura en nombre de ideas, y son ellas las que vuelven indiferente incluso el mayor dolor, son ellas las que condicionan las preguntas y determinan las respuestas.

La verdad, o más propiamente la militancia de la verdad, tiene mayor responsabilidad en la tortura que el escepticismo. Todo esto resulta de aquella concepción que sitúa su origen por sobre los hombres, que le otorga caracteres de infalibilidad y la sustrae a la intervención humana. No por casualidad que se ha dicho que los que hacen correr más sangre son los mismos que creen tener de su parte el derecho, la lógica y la historia.

La tortura busca generar la obediencia, pero a su vez se explica por la obediencia. Es un fenómeno político al interior de relaciones formalizadas y jerarquizadas, en donde existe una víctima ya subvalorada, un contexto de impunidad, un ejecutor que recibe órdenes

y alguien que las emite generalmente inspirado por un afán de higiene social.

En un espacio social en donde la obediencia llega a ser un valor absoluto, y en donde existe una extendida, y correlativa incapacidad para mantener la identidad frente a la autoridad, no es curioso que se desemboque en excesos como los que muestra Milgram. Mientras no se desarrolle una acentuada conciencia sobre los límites de la obediencia, suficiente como para discriminar en cada caso lo legítimo de lo ilegítimo; y consecuentemente una percepción sobre el sentido profundamente ético que puede tener la desobediencia, seguiremos lamentando excesos.

OBEDIENCIA Y DESOBEDIENCIA: EXCESOS Y RIESGOS

Nada de esto carece de complejidad ni de riesgos. Si la obediencia irreflexiva termina en increíbles excesos, su contrafigura, la desobediencia, tiene a vez algunos riesgos. La poesía griega dejó algunos ejemplos señeros que permanecen en el tiempo. La desobediencia de Antígona, en la tragedia homónima de Sófocles, por cierto muy legítima, desata un conflicto insalvable. Su conducta resulta especialmente llamativa, y acaso también escandalosa, porque en su condición de mujer desafía el poder de la ciudad. Una anticipación de la tragedia, la desobediencia se paga con el dolor y al final con la vida.

Antígona se opone con gran determinación al poderoso rey Creonte. Es una disputa que no tiene ninguna posibilidad de ganar, los riesgos son extremos, es una derrota anticipada. Su hermana Ismene muestra un perfil más prudente: “Es preciso que consideremos, primero, que somos mujeres, no hechas para luchar contra los hombres, y, después, que nos mandan los que tiene más poder, de suerte que tenemos que obedecer en esto y en cosas aún más dolorosas que éstas” (Antígona 61-64).

Ismene agrega que de ningún modo es bueno perseguir lo imposible: ¿por qué, entonces, semejante desmesura? El cuerpo de su hermano Polinices, muerto por desafiar el poder de Creonte, permanece insepulto fuera de la ciudad. Mediante un decreto el mismo rey lo ha establecido como sanción ejemplar. Ello contraviene el buen sentido, el respeto tradicional hacia los muertos, el deber de rendir homenajes fúnebres, y las mismas disposiciones de los dioses. Antígona es débil, no tiene poder material, pero es fuerte en sus convicciones. Sin medir las consecuencias, establece públicamente su oposición. Es descubierta enterrando el cadáver, apresada, y luego cruelmente ejecutada.

Desde el inicio se trataba de un enfrentamiento desigual: por un lado la costumbre aceptada, por el otro, una orden discrecional, una imposición arbitraria; por un lado el amor filial y el respeto a los dioses, y por otro el poder político. Antígona actuó conforme a un valor mayor y no sobrevivió; hoy recordamos su nombre y admiramos su figura, en

tanto que el tirano asesino apenas es mencionado.

Semejante grado de conciencia presupone no sólo personas de clara formación ética, sino también con capacidad, ante todo, para pensar en forma autónoma, con inclinación a la reflexión y la crítica, y con un sentido definido respecto al significado del escepticismo. Presupone, desde luego, una confianza a toda prueba en el potencial de la palabra, como el mejor de los recursos del poder, y una cierta capacidad argumentativa.

Infortunadamente las cosas son siempre más complicadas de lo que sería deseable. En las sociedades occidentales, de fuerte raigambre judeocristiana, el aprendizaje del pensamiento no ha sido una empresa fácil. El gran sociólogo Max Weber lo expone sin ocultamiento: “No existe absolutamente ninguna religión incólume, que actúe como fuerza vital y que no se vea constreñida a exigir en un determinado momento ‘el sacrificio del intelecto’” (2005: 118).

Hay todavía una complicación adicional. La modernidad nos legó nuevas religiones que Yuval Harari prefiere llamar “de ley natural”. En el listado se incluyen, por ejemplo, el liberalismo, el comunismo, el capitalismo, el nacionalismo y el nazismo. Estos sistemas de creencias no se auto designan así, y ciertamente les parece infamante que se les nombre como religiones. Más cercano a sus deseos es la designación de ideologías, pero según Harari: “Esto es un ejercicio semántico. Si una religión es un sistema de normas y valores humanos que se fundamenta en la creencia en un orden sobrehumano, entonces el comunismo soviético no era menos una religión que el islamismo” (2016: 254).

Por más extraño que parezca, ahora podemos ver que la modernidad, la ilustración y el positivismo abrieron un activo escenario histórico de fervor religioso, con sus dogmas, sus disputas, enfrentamientos y exterminios. Con su racionalidad de fines y su desapego del sentido; su inclinación al pensar calculador en perjuicio del pensar reflexivo (Heidegger, 1989); con su desmedida confianza en lo racional y su olvido de lo razonable (Von Wright, 1995). Por cierto, esto ha complicado el desarrollo del pensamiento, y la materialización de una ética mínima. Un ideal que pese a todo conviene defender y revitalizar. Desde la fundamental experiencia griega antigua, hay buenas razones para sostener tantas veces como sea necesaria la necesidad del pensamiento, con sus dudas, sus incertidumbres, sus valores, sus vagabundeos, sus incertidumbres. Igualmente, siempre será bueno sospechar de la adhesión religiosa o ideológica cuando tiene un perfil demasiado irreflexivo.

REFERENCIAS

- ARMSTRONG, K. (2009). *En defensa de Dios*. Barcelona: Paidós.
- ARENDDT, H. (2014). *Eichmann en Jerusalén*. Barcelona: DeBolsillo.
- BAKUNIN, M. (1971). *Dios y el Estado*. Buenos Aires: Proyección.
- ELIADE, M. (2008). *El mito del eterno retorno*. Madrid: Alianza.
- HARARI, Y. (2016). *De animales a dioses*. Santiago: Debate.
- HEIDEGGER, M. (1989). *Serenidad*. Barcelona: Del Serbal.
- KIERKEGAARD, S. (1968). *Temor y temblor*. Buenos Aires: Losada.
- MILGRAM, S. (1972). "Condiciones de obediencia y desobediencia a la autoridad". Incluido en *Psicología Social 9*. Ricardo Zúñiga (Editor). Valparaíso: UCV.
- ___ (2016). *Obediencia a la autoridad*. Madrid: Capitán Swing.
- ONFRAY, M. (2009). *El Sueño de Eichmann*. Barcelona: Gedisa.
- OTERO, E. & LÓPEZ, R. (1989). *Pedagogía del terror. Un ensayo sobre la tortura*. Santiago: Atena.
- OTTO, R. (2016). *Lo santo. Lo racional y lo irracional en la idea de Dios*. Madrid: Alianza.
- SHIRER, W. (1962). *Auge y caída del Tercer Reich*. Barcelona: Luis de Caralt.
- SÓFOCLES (2002). *Antígona*. Santiago: Universitaria.
- WEBER, M. (2005). *Sociología de la religión*. Buenos Aires: Letras Universales.
- VON WRIGHT, G. (1995). *Ciencia y Razón*. Valparaíso: Universidad de Valparaíso.

Nota: Las citas de *La Biblia* están tomadas de la edición de la Sociedad Bíblica Católica Internacional (SOBICAIN). 2005. Madrid: San Pablo.

Datos del autor

Ricardo López Pérez es Doctor en Filosofía por la Universidad de Chile. Profesor asociado en el Departamento de Educación en Ciencias de la Salud, Facultad de Medicina, Universidad de Chile. Investigador Adjunto del Centro de Estudios de la Creatividad y Educación Superior (CICES), Universidad de Santiago de Chile. Profesor del curso Pensamiento Creativo e Innovación en el Magíster de Comunicación Creativa de la Universidad Católica de la Santísima Concepción. Autor de los libros "Diccionario de Creatividad" (2006), "Creatividad con todas sus letras" (2008), "Prontuario de la Creatividad" (2009) y "Recorridos creativos" (2013).